

Adoctrinamiento y seducción Dos formas de dominación: la moderna y la posmoderna

William Daros
Universidad Adventista del Plata
Argentina

Introducción

En el siglo XX, en particular, se ha utilizado el proceso de adoctrinamiento -o también llamado de ideologización- para someter, por la autoridad de los grupos con poder, a las personas a las formas de pensar de un régimen político, religioso o social. Se trata de una forma de proceder fuerte, impuesto. A fines del ese siglo, y actualmente, se prefiere utilizar el proceso de seducción. Este proceso no es violento, sino placentero y parece dejarnos siempre un margen de libertad; por ello resulta ser un proceso social y moralmente más capcioso.

La seducción -como, etimológicamente, el término mismo lo indica (*se-ducere*), refiere a conducirse- tiene acepciones: 1) entendida como autoconducción o se-ducción: el ser humano estima que él se está conduciendo a sí mismo y siente placer en ello; 2) entendida como conducir a otro, como lo indica la primera acepción del diccionario, implica el “engañar con arte y maña; persuadir suavemente para algo malo”; pero, además, atraer, cautivar el ánimo de los otros en beneficio propio. El objeto, persona o acontecimiento que seduce nos mueve desde afuera y nos conmueve desde dentro: en la seducción somos cómplices. En última instancia, lo que nos mueve es la necesidad de afecto (donde caben otras necesidades como las sexuales, las de satisfacción del ego, de ser admirado, comprendido, apreciado, contenido, de abrazar y ser abrazado, etc.), la cobertura de un profundo vacío existencial; pero siempre queda en claro que lo que nos seduce es lo

que impone las condiciones. El seducido está en la condición de necesidad, primero y, después, de esclavizado.

Lo riesgoso del proceso de seducción para el seducido se halla en que la seducción no se presenta como riesgosa ni violenta; sino como atractiva desde el interior mismo del seducido, como un cosquilleo casi irresistible, y sin consecuencias sociales mayores. Por el contrario, el estado psicológico del miedo hace referencia a sentimientos angustiantes (paralizantes o de fuga) que experimenta una persona o grupo, ante situaciones que consideran una amenaza o riesgo y que pueden ser creadas o exacerbadas por sectores que se encuentran con el poder (Aray, 2009: 55).

Nadie vería como peligroso el hecho de que alguien se conduzca a sí mismo; pero lo peligroso de este hecho es que la seducción hace engañoso ese hecho de la autoconducción. En el proceso de seducción, el placer que la acción produce puede hacer que se omita hacer lo que es justo y no solamente lo placentero. El placer no está reñido con la moral, siempre que no se oponga a la justicia.

Una de las ideas más seductoras -y generadoras de adicción, social y mayoritariamente muy aceptada- de la modernidad ha sido la idea de *ser libre*; pero no todo acto es libre si ese acto es generado y arrastrado a hacer lo injusto por el placer que lo seduce. El placer desenfrenado del avaro, seducido por el deseo de poseer sin límites, no es generador de una buena vida con calidad humana, deseable en todos. El uso moral de la libertad, para ser bueno, debe ser además justo y no guiado arbitrariamente por el placer de quien lo realiza (y, con eso, se daña a sí mismo o a otros).

En la posmodernidad, esta idea se ha transformado en un *déjate libremente llevar*. Como veremos, se dan adicciones socialmente aceptables y otras no aceptables por las mayorías. Las adicciones -que, en cuanto seducen, siempre quitan un margen de libertad- cuando son socialmente aceptadas, son doblemente más peligrosas, pues no solo seducen, sino además, parecen ser positivas (generadores de una mayor calidad de vida placentera), se hacen socialmente aceptables y resultan ser armas ideológicamente masivas.

El concepto de *ideología*, inicialmente, significó el estudio de las ideas, pero luego pasó a significar, sobre todo con Karl Marx, un proceso complejo de dominación (económica, religiosa, cultural, etc.) de mayorías por parte de minorías. Las ideologías suelen constar de dos componentes: *una representación del sistema*, y un *programa de acción para imponer ese sistema de ideas*. El primer componente proporciona un punto de vista propio y particular sobre la realidad, vista desde un determinado ángulo, creencias, preconceptos o bases intelectuales, a partir del cual se analiza y enjuicia, habitualmente comparándolo con un sistema alternativo, real o ideal. El segundo componente tiene como objetivo acercar en lo posible el *sistema real* existente al *sistema ideal* pretendido, mediante la utilización oculta o más o menos implícita de medios para imponer las ideas con las que se pretende justificar esa imposición como lo mejor para todos, pero que encubre el beneficio de unos pocos.

Para K. Marx, el proceso ideológico capitalista impone un estilo de vida y de cultura fundado en la producción económica. El conjunto de las relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

En el siglo XX, la ideología se ve en el vehículo de grandes movimientos sociales y de pensamiento, sobre el soporte de grandes masas que son adoctrinadas por los nuevos medios de *comunicación*, *la propaganda*, *la violencia* y *la represión*. En el siglo XXI, con la posmodernidad, la forma de imponer el dominio se ha hecho mucho más sutil y difícil de percibir: la imposición de los más fuertes sobre los más débiles se realiza mediante la *seducción*, mediante la generación de placer reforzado por el uso masivo de la tecnología. En la Modernidad, fácilmente se lograba que una mayoría percibiera, con indignación, las diferencias entre pocos ricos muy ricos y muchos pobres crecientemente muy pobres. En la Posmodernidad, se diluye esa percepción, encolumnadas todas las personas tras *la seducción*

placentera del consumo masivo que ofrece la mentalidad capitalista. Como afirmaba Z. Bauman, el capitalismo se basa en esto: “En deshacernos de lo que tenemos, aunque funcione perfectamente, para demostrar a los que nos rodean que tenemos el último modelo. Así es que tenemos capitalismo para rato” (Bauman, 2014).

El adoctrinamiento

Por *adoctrinamiento* (a veces también llamado *proceso ideologizador*) se entiende aquí un mecanismo teórico-práctico, cuyo punto más alto es el *lavado de cerebro* de la persona que es sometida a él. Las ideologías pueden tener distinto signo político (tanto de derecha como de izquierda) o religioso o cultural; pueden ser violentas o aparentemente pacíficas, pero funcionan de la misma manera.

El hecho es que este proceso puede hacerse presente, con frecuencia, en el aula (Van Dick, 2016). Por ello, analicemos algunos de sus supuestos y fases (Reboul, 2019: 37).

- a) El adoctrinamiento es posible si se *suprime* -sin que la víctima lo advierta-, seduciendo, *la libertad en el pensar*. Por esto, las ideologías son una falsa conciencia, que hacen pasar por verdadero lo que es la conveniencia del victimario, del dominador.
- b) El adoctrinamiento debe conseguir que la víctima piense que la verdad es una sola y *de una sola forma*: la del ideologizador, transformando los diversos modos de pensar en un único modo (lógico y psicológico) de pensar: el del ideologizador.
- c) El adoctrinamiento trata de aislar, psicológica o socialmente, a la víctima, desacreditando otros criterios de juicios o modos de pensar que difieren del suyo. Suprime de esta manera formas de confrontación, de pro y contra, respecto de los puntos de vista del ideologizador.

- d) El adoctrinador culpabiliza a la víctima, como enemiga de la verdad, de la patria o de otros valores, si la víctima se resiste a pensar como él. Dado que el ideologizador concibe la verdad como única y de una única forma, toda divergencia con su forma es considerada una falta contra la verdad.
- e) Pero quien obra dentro de la ideología es liberado de toda culpa, porque la ideología le asegura, al obrar, la verdad y la justicia de su parte.
- f) La aceptación de la ideología que trata de imponérsele a una víctima comienza con la abdicación de los propios modos (lógicos y psicológicos) de pensar, de su libertad de crítica en el pensar desde fuera del sistema de explicación que se le ofrece. El que se opone al proceso ideologizador es capaz de pensar y obrar negando (no aceptando) lo que se le impone como verdadero y justo.
- g) La aceptación del punto de vista del adoctrinador supone, luego, optar por su opción, ver con sus ojos, juzgar con su mente; implica, diría Kant, volver a la minoría de edad.
- h) Aceptada la concepción ideológica del adoctrinador que se le presenta a la víctima, ésta hace una relectura de los hechos y teorías desde la perspectiva de la ideología, calificando a ésta como verdadera, y falsas las otras lecturas.
- i) La ideología se presenta, entonces, como un falso conocimiento. Puede pretender ser científico, aportar gran cantidad de argumentos; pero se trata de un sistema cerrado a una crítica externa a sus principios o puntos de vistas, los que deben asumirse sin crítica.
- j) Mas el proceder adoctrinante, ideologizador es inmoral, ya sea porque en nombre de la

verdad suprime la libertad del hombre; ya sea porque no teme presentar lo falso como verdadero. Esta actitud puede encarnarse en un hombre particular o en un grupo sociopolítico. Los docentes saben que todo ente tiende a permanecer en su ser y a desarrollarlo, a no ser que una causa externa lo suprima o limite. En consecuencia, toda persona o grupo con poder tiende a permanecer en el poder y crecer si le es posible. Por ello, todo poder de derecha, de izquierda o de centro, tenderá a permanecer en su posición y, si le es posible, a crecer; pero *cuando se pierde el sentido ético del poder, éste se absolutiza*, e intentará permanecer en el poder y aumentarlo con todos los medios, lícitos e ilícitos, sin importarle presentar lo falso como verdadero; sin importarle suprimir la verdad con un acto arbitrario o, viceversa, suprimir la libertad en nombre de la verdad (Quiroga, 2019).

- k) Mas por otra parte, la tolerancia de una persona o de un grupo de personas, en el uso de la libertad, para quien no piensa como esa persona o grupo, puede tener un límite: *el límite de la mutua tolerancia* para buscar cómo son las cosas (la verdad de las cosas o acontecimientos). No se puede tolerar, en nombre de la tolerancia, a los intolerantes; porque ser intolerante no es moral y lo inmoral de hecho no da derecho. El derecho, en efecto, es la capacidad para poder realizar un acto, que no puede ser impedido por otro, precisamente porque es lícito, justo. El uso de la fuerza se justifica sólo para proteger la realización de un acto justo. Ahora bien, la raíz de la justicia se halla en el (libre) reconocimiento de la verdad. Por lo tanto, quien no la reconoce, y me impide a mí reconocerla, se convierte en un intolerante, ante el cual tengo derecho a la defensa. Tanto alumnos como docentes tienen ese derecho ante un proceso ideologizador.

Como veremos, la mejor herramienta contra el intento de adoctrinar o ideologizar, tanto de un docente, como de otros medios informales de enseñanza y de aprendizaje de conductas sociales, se halla en un ámbito de libertad donde *se pueda ejercitar la crítica*, esto es, en el uso de criterios o medidas diversas, de modo que se hagan patentes las intenciones ocultas de quienes pretenden poseer la verdad, pero no someterla públicamente a

discusión, como sucede cuando el docente presenta sus conocimientos como si fuesen -sin más- verdaderos o se mofa de las opiniones ajenas.

La *actitud dogmática es esclavizante*, implica cerrar toda puerta a la discusión; supone clausurar la posibilidad de expresar opiniones. Esta actitud constituye un riesgo real cuando, en el proceso de enseñar, los docentes no solo ponen en consideración los conocimientos, estimados verdaderos; sino que, además, los *imponen* como tales. *La verdad no se impone: se propone*, se muestra o demuestra; pero, después de esto, aún permanece libre la voluntad del que aprende y que debe aceptar esos conocimientos libremente como verdaderos. Indudablemente que quien no acepta algo verdadero como verdadero, se engaña y se daña moralmente porque se miente. Pero aún en este caso, la *presencia de la verdad no da derecho a suprimir la libertad* de nadie, mientras no se convierta en un intolerante de mi derecho.

La libertad es el *valor supremo subjetivo* de una persona; pero este valor vale porque la persona acepta la verdad y se convierte en verdadera libertad: la libertad de una persona, que libremente se opone a la verdad, se degrada moralmente ella misma. Por ello *el valor supremo objetivo* de la persona se halla en lo *verdadero*: en buscar libremente saber cómo son las cosas, sea que esto me beneficie o me dañe subjetivamente. El ser objetivo dignifica al sujeto que lo reconoce.

En buena parte, si bien el proceso de *instrucción* tiene por finalidad dar a los que aprenden herramientas para leer y escribir, y adquirir una cultura general, el proceso de educación es más que esto. La *educación* implica aprender a ser capaz de obtener el dominio de sí mismo, ser humanos libres y críticos, para no dejarse dominar mentalmente y, luego psicológica y físicamente, por causas alienantes.

Dicho brevemente, en la Posmodernidad, educar es intentar *que Auschwitz no se repita*; y puede repetirse, porque el mecanismo que lo hizo posible, sigue existiendo y ha sido mejorado. La civilización moderna genera también la incivilización; la creciente capitalización lleva a la supresión de gran parte de la humanidad. Será suficiente suprimir la

ayuda a los países indigentes que generan emigraciones ingentes a los campos de refugio de los países vecinos, a veces tan pobres como ellos, pero en los que estiman podrán salvar sus vidas; a veces esperan llegar a los países del primer mundo; pero éstos les cierran sus fronteras (después de haberles arrebatado las materias primas por siglos) y los devuelven a sus países de origen y levantan muros entre ellos.

El nacionalismo agresivo puede resurgir; una lectura fanática de la realidad social también puede revivir. En nombre de la Humanidad, se requiere un proceso de educación según el cual las personas no sean envueltas en un fanatismo que lleve a repetir, en forma mejorada y seductora, el hecho de Auschwitz. Parecerá increíble, pero Auschwitz también lo fue para muchos alemanes, en el pleno contexto de la Modernidad, un país del primer mundo, trabajador, obediente, responsable, con un personaje como Hitler que les promete a los alemanes recuperar su dignidad y expandir el territorio.

Hoy, el mismo deseo está presente, pero en forma camuflada mediante la seducción, donde todos pueden tener más placer, más visión en las pantallas, menos obligación de pensar y menos esfuerzo para poder comer: un mundo feliz. ¿Quién resistirá a esta oferta aparentemente gratuita? ¿Y no están en sus manos de los ideólogos infiltrar las adicciones globales? Ya no interesa dominar un territorio nacional en una época posmoderna donde las naciones han perdido el poder: *ahora importa el domino global* y casi imperceptible pero placentero, mediante la seducción, la que no genera una reacción violenta. Ya no hay una metrópolis y las colonias dominadas: ahora se da el expansionismo de un capitalismo avanzado y mundial, donde unos pocos -un 1%- tiene las riquezas y los medios de las que carece el 99%.

La seducción

La seducción ha continuado y mejorado la técnica de adoctrinamiento para conducir a las personas. Ahora, las personas son conducidas y dominadas mediante la seducción,

suprimiéndoseles la libertad de una forma placentera y masiva. *Seducida*, la persona puede terminar, por una parte siendo adicta y, por otra, defendiendo su adicción, sin reconocer o importarle la pérdida de su libertad.

Siempre se ha dado en Occidente un recelo entre la dialéctica, la retórica y la lógica.

La lógica y la dialéctica requieren razonamientos y mover formal y fundadamente las mentes humanas. La retórica apela a la seducción, a atraer y subyugar al contrincante, sin quitarle la sensación de que es él el que decide en su vida, ante un abanico prolífero de ofertas a consumir.

La sociedad de consumo utiliza la lógica de la *seducción*, haciendo que el seducido se sienta importante, como si él se eligiese y condujese con plena libertad (*se-ducere*: conducirse a sí mismo) ofreciéndole cada vez más opciones y combinaciones a su medida. La adicción al celular o teléfono móvil es un claro ejemplo, que los adictos difícilmente querrán admitir: se sienten libres y mimados por su utilidad, hasta el punto que los usuarios entran en pánico si no lo tienen constantemente en sus manos, reduciendo obsesivamente la mayor parte de sus horas a oír música y ver mensajes o fotos en sus celulares. Incluso se están advirtiendo cambios en la evolución de las enfermedades de la mano. El uso del móvil y desarrollo de nuevas patologías en el pulgar se manifiestan en las consultas cada vez más frecuentes por pulgares atrofiados; incluso ya se habla de la tendinitis del i-Phone.

Esta forma ideológica (esto es, impuesta aunque placentera) en que el mercado de capitales conduce a las masas se ha naturalizado. Los niños, aún con pañales, se habitúan al celular antes de saber leer y escribir: el mundo posmoderno comienza a entrar, a salir y a reducirse a una ventana.

La cultura de la seducción deja las relaciones autoritarias y dirigistas, y privilegia la pluralidad y diversidad de opciones, y la realización de los deseos desoyendo los llamados a la austeridad.

Mientras se esté en el consumo, no importan luego las formas, porque el seducido es finalmente un cliente cautivo por el monopolio de la seducción, a la que condesciende creyéndose protagonista.

Indudablemente, pareciera que los países del tercer mundo y los hombres del trabajo, serían los más reacios a asumir la lógica de la seducción. Mas nuestra sociedad global va teniendo siempre más jóvenes y más numerosos seducidos por el espejismo del consumo. Éstos requieren diversión, o al menos contención, y privilegian la comunicación a la coerción.

Las personas jóvenes, libres en sus tiempos, con creciente autonomía y cuidado del cuerpo, generan la exigencia de una educación que cubra esos deseos: permisividad, homeostasis de los *feelings*, socialización suave, plural y diversa (Lipovetsky, 2016).

La cultura posmoderna de la seducción se acompaña de ritmo, rápido, vociferado, constante, sin contenido, por lo que no importa en qué lengua se cante o se grite.

La revolución musical y la tecnología sacan al oyente de su mundo manteniéndolo en suspenso, sin transportarlo a otro lugar o a otras ideas. El individuo se vuelve cinético y desea sentir más. La velocidad fascina y hace sentir la vida en la piel. Los jóvenes pueden pasar muchas horas charlando, pero luego, cuando suben a un vehículo, quieren velocidad.

Se da una nueva forma de control social por medio de la seducción. La seducción es *soft*, distrae epidérmicamente a un público que, sin embargo, no es ingenuo ni pasivo.

La seducción no funciona con el misterio, sino con la información, con la propuesta de la supresión de las relaciones burocráticas del poder.

La seducción suprime la revolución y el uso de la fuerza, y opera por relación, cohesión y acercamiento, dando la sensación de que es cada uno el que decide.

Verlo todo, hacerlo todo, decirlo todo porque no puedo parar de hacerlo define a la seducción (Lipovetsky, 1994, 19).

La seducción lucha contra la inmovilidad y busca el autoservicio libidinal. El cuerpo y el sexo se vuelven instrumentos de subjetivación. Los jóvenes posmodernos marcan sus cuerpos para indicar que son únicos.

Se da integridad al cuerpo antes que ocultarlo. El cuerpo se convierte en persona a respetar. El cuerpo es directo: se expresa, seduce moviéndose bajo el hechizo de la sonorización estridente.

La seducción es, en parte, sexducción, adaptando a la mujer al rango de las sociedades democráticas hedonistas. Pero esto no da lugar a Don Juan, sino a Narciso “subyugado por sí mismo en su cápsula de cristal” (Lipovetsky, 1994: 339).

La cultura de la seducción viene estimulada por la indiferencia, entendida como clima cultural.

Dominados por la propia imagen

En la época moderna, los problemas de la política (de cómo queremos vivir socialmente) movía a los jóvenes, uniéndose, por ejemplo, los universitarios y los obreros (París, Mayo de 1968); y siendo capaces de cambiar los gobiernos.

En la posmodernidad ha habido un rebrote de estas protestas, pero en forma *light*: el poder político se ha en parte psicologizado: de la esfera social ha pasado a la esfera psicológica. Ya casi no se rediscuten ideas y programas políticos, lo que lleva a veces a una perversión de las democracias y manipulación del electorado con el espectáculo de las ilusiones.

El marketing político es programado y cínico. La seducción juega a la descentralización; y el Estado, mientras se descomprime, deja la iniciativa a los consejeros locales o regionales. Deja las instancias de decisión a los individuos, mientras los sigue manejando con la administración del control económico, los impuestos recaudados en forma creciente para la clase media (Espinoza, 2018, 15-55).

Las relaciones quedan flotando, sin compromiso profundo hasta llegar, frecuentemente, a un estado de indiferencia como venganza preventiva ante la posible frustración de las altas exigencias que cada uno imagina o desea del otro. Una cuarta parte de los compradores de viviendas, en los países económicamente fuertes, son para personas que *desean vivir solas*. Es una forma de protegerse de los propios impulsos y de las decepciones; un bunker para la indiferencia. No se trata de deshumanización, sino de una personalización sin sentimientos rituales y ostentosos. Por ello, aun desde este bunker hay tiempo para salir a clubes de encuentros, recurrir a los pequeños anuncios, las redes virtuales y chateos. No se abandona la esperanza en el milagro de la intensidad emocional, que resulta ser cada vez más difícil y breve. “Las liberaciones y las revoluciones son frágiles, y la seducción es ineludible. Ésta las acecha -son seducidas, a pesar de ellas, por el inmenso proceso de fracaso que las desvía de su verdad- ésta las acecha incluso hasta en su triunfo” (Baudrillard, 1981:45).

Las revoluciones juveniles, como las de Chile, Ecuador o Francia duran poco tiempo y, generalmente, se diluyen. Si bien buscan mejoras económicas para las mayorías, la mayoría de los que las propugnan podrían prescindir de los beneficios que las fomentan.

Desde el 2011, un fantasma ha recorrido Europa (y más allá): el fantasma de la indignación. Es un fantasma con múltiples caras, aunque la más visible tiene rostro juvenil. Apareció primero en la periferia de París y Atenas, acampó luego en el centro del Cairo, Lisboa, Madrid y Barcelona, y ha vuelto a irrumpir en Londres y Tel-Aviv, pero también en Santiago de Chile, São Paulo, Bogotá y Ciudad de México. Tras el fantasma, una presencia: la del nuevo *lumpenproletariado* de la era postindustrial, constituido por esos jóvenes hiperformados -e hiperinformados- y, sin embargo, precarizados, conectados a través de las redes sociales, que a veces reaccionan en forma creativa y pacífica (en forma de comedia) y otras en forma más airada y violenta (en forma de tragedia). Tras esta presencia inquietante, un espectro: el de una crisis económica global que afecta con particular intensidad a las

nuevas generaciones, cuyos efectos van más allá de la precariedad material, presentándose en forma de crisis de valores (o más bien de valores de la crisis) (Feixa, 1918:50).

La vida se precariza en existencias individuales regidas solo por sí mismas. La superficie revolucionaria que desea un cambio, lleva el lastre de la indiferencia. Ésta no es el resultado de la inconsciencia, sino de una nueva conciencia dolida. Nunca tenemos tiempo suficiente para preocuparnos prolongadamente por las necesidades de alguien más; siempre nos preocupamos por nuestras necesidades inmediatas y nos convertimos en adictos emocionales y virtuales (Sibilia, 2009: 329).

Cuando lo social está abandonado, el deseo, el placer, la comunicación se convierten en los únicos “valores”, y los psicólogos son los grandes predicadores del desierto. Es la realización extrema del Capitalismo, en su lógica fundamental. “La apatía no es un defecto de socialización sino una nueva socialización flexible y `económica” (Lipovetsky, 1994: 43).

Si bien la seducción es una pasión o un destino, es la pasión inversa la que triunfa más a menudo: la de no ser seducido. Luchamos por fortalecernos en nuestra verdad, luchamos contra el que quiere seducirnos. Renunciamos a seducir por miedo a ser seducidos. Todos los medios son buenos para escapar de ello. Van desde seducir al otro sin tregua para no ser seducido hasta hacer como si uno estuviera seducido para poner término a cualquier seducción. (Baudrillard, 1981:113).

La indiferencia metapolítica, metaeconómica permite que el capitalismo funcione por un tiempo, hasta que aparecen nuevamente las revueltas callejeras; pero en la posmodernidad éstas son breves y después de algunas semanas pierden su fuerza, volviéndose a la rutina de los narcisismos masivos.

Cuanto más los políticos se explican o exhiben en la televisión, ésta es menos vista por los jóvenes, atrapados en las redes. Cuanto más quieren los profesores que los

estudiantes lean, menos leen. Es una indiferencia por saturación, por información, por aislamiento real y acercamiento virtual.

No se es indiferente por falta de motivación, sino porque el individuo no se aferra a nada, no tiene certezas fuertes y prolongadas. Nada lo sorprende y puede cambiar rápidamente de opinión, dada la mucha imaginación e información (Ruiz Morón, 2006: 49-54).

La democracia ha creado una erosión de las formas de alteridad clásicas, y marca un impulso a la igualdad de las condiciones: desubstanciación de las categorías sociales y procesos de personalización a la carta, desmontando todas las diferencias esenciales (Parra, 2006: 11).

Cada ciudadano busca la autenticidad, sin un yo preciso y sin un otro definido.

Nunca como hoy la democracia ha funcionado sin un enemigo interno declarado. Los individuos están preparados para tener que elegir; son alérgicos al autoritarismo y a la violencia. Desean cambios permanentes pero sin riesgos considerables. A medida que crece en narcisismo, crece la legitimidad democrática que sostiene la demanda de libertad, de elección, de pluralidad y pluralismos de partidos, aunque disminuya la militancia partidaria (reducida a grupos fanatizados e interesados), y la política tome un tono de espectáculo (López, 2011).

Hay indiferencia, pero ello no afecta el respeto por la democracia: los jóvenes posmodernos no leen los periódicos, pero exigen libertad de expresión.

El deseo de igualdad sigue vigente, pero con medios más flexibles y menos violentos. Se estima que la ineficacia burocrática es la causante de la lentitud del proceso hacia la igualdad. Mas la demanda de libertad es superior a la de la igualdad, lo que lleva implícitamente a una preferencia por el liberalismo antes que por el socialismo (Beramendi, 2016: n°1).

De la democracia, los ciudadanos esperan hoy, ante la individuación, seguridad y programas de protección. Se da un resentimiento contra los Estados nacionales, acusados

de ser incapaces de asegurar las funciones positivas como la de la justicia y la salud; frenar la inseguridad generada por la criminalidad y la marginación social (Lipovetsky, 2014:201).

El malestar en la cultura política posmoderna es multivariado.

Los ideales de bienestar, la pérdida de crédito de los grandes sistemas, las extensión de los deseos y derechos a la autonomía subjetiva han vaciado de su sustancia a los deberes cívicos al igual que han desvalorizado los imperativos categóricos de la moral individual e interindividual; en el lugar del civismo, tenemos el culto de la esfera privada y la indiferencia hacia la cosa pública, el ‘dinero todopoderoso’ y la ‘democratización’ de la corrupción (Lipovetsky, 2014:203).

El hombre democrático no es, sin embargo, un hombre mediocre. Hay grandes sectores de investigadores, empresarios, deportistas, deseosos de aprender, de mejorar, de vencer, y la democracia posibilita lograrlo. Unos se obsesionan con el bienestar, otros con el progresar y superarse. El deseo por vivir no está en peligro, no obstante la indiferencia en la que se vive y los constantes islotes de reclamos masivos, muy dependientes de las tradiciones ideológicas de cada país.

© William Daros

Bibliografía

- Aray, María del Carmen. “El miedo asecha y el consumo seduce. Dos caras del modelo psicológico dominante en tiempos de globalización” *Universitas Humanistica*, No.67, Bogotá, Jan./June, 2009.
- Baudrillard, Jean. *De la seducción*. Madrid: Cátedra, 1981.
- Bauman, Z. [Entrevista] “Durante treinta años hemos vivido en un mundo de ilusión”, disponible en Publicado por @admin El jueves 20 de mar de 2014. Cfr. <http://www.politicaysociedad.net/author/admin/>
- Beramendi Maite y Zubieta Elena. “Una nueva perspectiva sobre las creencias igualitarias: contra-dominancia social” en *Ciencia Psicológica*. 2016, Vol.10, nº1.
- Espinoza E. y otros. “Los universitarios y la democracia en Bogotá: un caso de marketing político” en *Papel Político*, 2018, Vol. 17, nº1: 15-55.
- Feixa Carles. “Culturas juveniles como perspectiva para analizar juventudes (1993-2018)” en *Última década*. 1918, Vol.26 nº50.
- Gorman, L. *Narcisismo y frustración de amor*. Barcelona: Herder, 2016.
- Lipovetsky, Gilles. *Educación en la ciudadanía*. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, 2016.
- . *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama, 2014.
- . *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- López Gallegos Alejandro, Chihu Amparan Aquiles. “Símbolos, lenguaje y espectáculo en la democracia: el escepticismo político de Murray Edelman” en *Espiral* (Guadalaj.), 2011, Vol.18 nº50.
- Parra Contreras, y otros. “Mitos e intereses en torno a los jóvenes y la tecnología: cultura Messenger” en *Docencia*. 2006: 11 (30).
- Quiroga, H. y otros (Comp.). *Filosofía de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*. Rosario: Homo Sapiens, 2019.

Reboul, O. *L'endoctrinement*. Paris: PUF, 2019.

Ruiz Morón, Deyse; Peña, Pablo “La formación docente: entre la indiferencia y la seducción”
en *Educere*, vol. 10, núm. 32, enero-marzo, 2006, pp. 49-54

Sibilia, Paula. “En busca del aura perdida: espectacularizar la intimidad para ser alguien”, en
Psicoperspectivas. Individuo y sociedad, 2009, Vol. VIII, n° 2 (julio-diciembre), 309-329.

Van Dick, T. *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa, 2016.